

JOSÉ VASCONCELOS: DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD CON MOTIVO DE LA TOMA DE POSESIÓN DEL CARGO DE RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MÉXICO (1920)¹

GABRIELA OSSENBACH SAUTER

Facultad de Educación, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid

[...] NO ES POSIBLE OBTENER NINGÚN RESULTADO PROVECHOSO EN LA OBRA DE educación del pueblo si no transformamos radicalmente la ley que hoy rige la educación pública, si no constituimos un ministerio federal de educación pública.

[...]

He revisado, por ejemplo, los programas de esta nuestra Universidad, y he visto que aquí se enseña literatura francesa, con tragedia raciniana inclusive y me hubiese envanecido de ello, si no fuese porque en el corazón traigo impreso el espectáculo de los niños abandonados en los barrios de todas nuestras ciudades, de todas nuestras aldeas, niños que el Estado debiera alimentar y educar, reconociendo al hacerlo el deber más elemental de una verdadera civilización. Por más que debo reconocer y reconozco la sabiduría de muchos de los señores profesores, no puedo dejar de creer que un Estado, cualquiera que él sea, que permite que subsista el contraste del absoluto desamparo con la sabiduría intensa o la riqueza extrema, es un Estado injusto, cruel y rematadamente bárbaro.

GABRIELA OSSENBACH, DE ORIGEN COSTARRICENSE, ES CATEDRÁTICA DE HISTORIA DE los Sistemas Educativos Contemporáneos en el Departamento de Historia de la Educación y Educación Comparada de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) en Madrid, España. Su campo de investigación es el del origen y desarrollo de los sistemas educativos occidentales en los siglos XIX y XX, desde una perspectiva comparada. Sus principales publicaciones se refieren a esta temática en el ámbito de América Latina. Como profesora del programa de doctorado del Departamento de Historia de la Educación de la UNED, ha dirigido numerosas tesis sobre temas relacionados con la Historia Contemporánea de la Educación en América Latina. Es también profesora invitada en el doctorado en Historia de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. En la actualidad es directora del Centro de Investigación MANES (investigación sobre los manuales escolares en

España, Portugal y América Latina), con sede en la UNED. Forma parte del Consejo Editorial Internacional de la revista *Paedagogica Historica* (Gante, Bélgica), órgano de la Sociedad Internacional de Historia de la Educación (ISCHE).

¹ Vasconcelos, J. *Obras completas*, Vol. II, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1958.

JOSÉ VASCONCELOS: DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD CON MOTIVO DE LA TOMA DE POSESIÓN DEL CARGO DE RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MÉXICO (1920)

GABRIELA OSSENBACH SAUTER

Facultad de Educación, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid

PRESENTACIÓN

CUANDO JOSÉ VASCONCELOS FUE NOMBRADO RECTOR de la Universidad Nacional de México el 4 de junio de 1920, ocupó el puesto de mayor responsabilidad educativa del ámbito nacional, ya que la Constitución de 1917 había suprimido el antiguo Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y asignado a las autoridades regionales la reglamentación de la educación en sus respectivas jurisdicciones. Al Departamento de la Universidad y Bellas Artes, a cuyo frente se puso a Vasconcelos, le correspondía exclusivamente dirigir la educación en el Distrito Federal y en los territorios. Sin embargo, este departamento universitario comenzó a funcionar como un auténtico ministerio desde que Vasconcelos empezó a dirigirlo, al iniciar pocos días después, el 20 de junio de 1920, una importante campaña de alfabetización.

El discurso de toma de posesión que pronunciara Vasconcelos ante la universidad en 1920, que tuvo gran impacto en su época, puede considerarse como el iniciador de una retórica educativa que tendría vigencia, a pesar de los vaivenes posteriores de la política mexicana, por más de siete décadas. Vasconcelos traza en este discurso todo un programa de redención del pueblo mexicano por medio de la educación y atribuye a la Revolución Mexicana una vertiente educativa nueva. Apelando a la antítesis “civilización y barbarie”, que tanto predicamento había tenido en América Latina desde que fuera formulada por el argentino Domingo Faustino Sarmiento, Vasconcelos pretendió dar un giro a la etapa bé-

lica de la Revolución, reivindicando el valor de la educación y la cultura. Las intenciones de Vasconcelos eran, pues, coherentes con la política iniciada por el presidente Álvaro Obregón, encaminada a consolidar las reformas sociales previstas por la Constitución de 1917, una vez aplacadas las luchas intestinas que había vivido el país desde el inicio de la Revolución. Vasconcelos insiste una y otra vez en que a la Revolución le concierne la educación y propone la creación de un “ejército de los educadores que sustituya al ejército de los destructores”, porque la Revolución ya no quería, “como en sus días de extravío, cerrar las escuelas y perseguir a los sabios”.

Tal como lo anuncia Vasconcelos en este discurso, su gestión educativa, que él entiende como una delegación de la Revolución, se llevaría a cabo con la colaboración de intelectuales y artistas, a quienes les pidió salir de la torre de marfil de la Universidad para dedicar sus esfuerzos y derrochar sus ideas en favor de la educación del pueblo, de los trabajadores y los campesinos. Es importante recalcar cómo Vasconcelos se erige aquí en intérprete de las aspiraciones populares, incluyendo en su discurso también al campesinado, tradicionalmente excluido de las reformas educativas que le precedieron, dirigidas en especial al mundo urbano. No hay que perder de vista que en el contexto de los gobiernos reformistas y populistas que empezaron a proliferar en América Latina en la primera mitad del siglo XX, la Revolución Mexicana y el posterior régimen cardenista, se destacaron por ser prácticamente las únicas experiencias de reforma que articulaban de manera estrecha el mundo rural y el urbano (reforma agraria, cruzada educativa, sindicalismo, cultura nacionalista basada en las tradiciones populares, etcétera). Por el contrario, otros regímenes latinoamericanos de la época extendieron escasamente sus modelos de movilización política al medio rural, y mucho menos a la población indígena.

La primera preocupación de Vasconcelos, que se manifiesta como uno de los temas centrales de su discurso, fue la de crear un ministerio federal de educación pública, capaz de actuar con una visión de conjunto para atender a los problemas nacionales de la educación y la cultura. En efecto, desde el inicio mismo de su mandato al frente de la universidad, Vasconcelos puso en marcha una campaña en favor de la reforma de la Consti-

tución, con el fin de crear una Secretaría de Educación Pública (SEP) con atribuciones de ámbito nacional. Esta reforma se produjo en junio de 1921 y en octubre de ese mismo año se nombraría a Vasconcelos al frente de la mencionada Secretaría, que abarcaría tres ámbitos de actuación: Escuelas, Bibliotecas y Bellas Artes.

Más allá de esta insistencia en crear la estructura institucional que le permitiera llevar a cabo su inmensa labor en el terreno de la educación y la cultura, el discurso de Vasconcelos recorre los temas centrales que caracterizarían su gestión al mando de la SEP. Por una parte, alude a la importancia de los valores nacionales y confronta la nueva educación a la que aspira con la heredada del régimen positivista de Porfirio Díaz, “periodo simiesco de sola imitación sin objeto.... sin consultar nuestras necesidades”. Esta tarea patriótica la entiende como una misión apostólica o una cruzada, para la cual cuenta con la colaboración de las mujeres, a quienes apela emotivamente al final de su discurso, aludiendo a un nuevo heroísmo del que las mujeres serían las protagonistas.

El texto de Vasconcelos está también impregnado de otra de sus preocupaciones centrales, que es la de atraer al pueblo a la cultura, y la de acercar a los artistas al pueblo. Junto a la necesidad de enseñar “a los de abajo” cuestiones prácticas, hábitos de trabajo y de higiene, aspectos que pertenecen más bien al terreno de la ética, Vasconcelos apela al valor formativo de la estética, del gusto por la belleza, que es capaz de conferir al pueblo un impulso vital, un entusiasmo cultural que redundaría en un nuevo sentir nacional. Aquí aparece el Vasconcelos antipositivista, corriente de pensamiento que se había forjado en el Ateneo de la Juventud, creado en México en 1908 por varios filósofos jóvenes como Alfonso Reyes, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y el propio Vasconcelos, entre otros.

Como responsable de la política educativa mexicana en los años 1920-1924, Vasconcelos puso en marcha una intensa labor en el campo de la alfabetización, la educación rural e indígena, las construcciones escolares, la difusión del libro y las bibliotecas, así como en el ámbito de la formación profesional. Dio igualmente un enorme apoyo a los artistas e intelectuales que fueran capaces de resaltar los valores del pueblo mexicano. Esta política educativa revolucionaria tuvo una importante influencia en otros países latinoamericanos, y despertó en muchos la conciencia de la necesidad de integrar al indígena a la nacionalidad a través del sistema educativo.

JOSÉ VASCONCELOS: DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD (1920)

Llego con tristeza a este montón de ruinas de lo que antes fuera un ministerio que comenzaba a encauzar la educación pública por los senderos de la cultura moderna. La más estupenda de las ignorancias ha pasado por aquí asolando y destruyendo, corrompiendo y deformando, hasta que por fin ya sólo queda al frente de la educación nacional esta mezquina jefatura de departamento que ahora vengo a desempeñar por obra de las circunstancias; un cargo que sería decorativo si por lo vano de sus funciones no fuese ridículo; que sería criminal si la ley que lo creó no fuese simplemente estúpida. Doloroso tiene que resultar para toda alma activa venir a vigilar la marcha pausada y rutinaria de tres o cuatro escuelas profesionales y quitar la telaraña de los monumentos del pasado, funciones a las que ha sido reducida nuestra institución por una ley que debe calificarse de verdadera calamidad pública.

Pero esta tristeza que me invade al contemplar lo que miramos sería mucho más honda, sería irreparable, si yo creyese que al llegar aquí iba a

entregarme a la rutina, si yo creyese que iba a meter mi alma dentro de esos moldes, si yo creyese que de veras iba a ser rector sumiso a la ley de este instituto. No; bien sé, y lo saben todos, que el deber nos llama por otros caminos, y así como no toleraríamos que los hechos consumados nos cerrasen el paso, tampoco permitiré que en estos instantes el fetiche de la ley selle mis labios: por encima de todas las leyes humanas está la voz del deber como lo proclama la conciencia, y ese deber me obliga a declarar que no es posible obtener ningún resultado provechoso en la obra de educación del pueblo si no transformamos radicalmente la ley que hoy rige la educación pública, si no constituimos un ministerio federal de educación pública. Ese mismo deber me obliga a declarar que yo no he de conformarme con estar aquí bien pagado y halagado en mi vanidad, pero con la conciencia vacía porque nada logro. La tarea de conceder borlas doctorales a los extranjeros ilustres que nos visiten y de presidir venerables consejos que no bastan para una centésima de las necesidades sociales no puede llenar mi ambición. Antes iré al más sonado de los fracasos que consentir en convertirme en un cómplice de la mentira social. Por eso no diré que nuestra Universidad es muy buena y que debemos estar orgullosos de ella. Lo que yo debo decir es que nuestras instituciones de cultura se encuentran todavía en el periodo simiesco de sola imitación sin objeto, puesto que, sin consultar nuestras necesidades, los malos gobiernos las organizan como piezas de un muestrario para que el extranjero se engañe mirándolas y no para que sirvan.

He revisado, por ejemplo, los programas de esta nuestra Universidad, y he visto que aquí se enseña literatura francesa, con tragedia raciniana inclusive y me hubiese envanecido de ello, si no fuese porque en el corazón traigo impreso el espectáculo de los niños abandonados en los barrios de todas nuestras ciudades, de todas nuestras aldeas, niños que el Estado debiera alimentar y educar, reconociendo al hacerlo el deber más elemental de una verdadera civilización. Por más que debo reconocer y reconozco la sabiduría de muchos de los señores profesores, no puedo dejar de creer que un Estado, cualquiera que él sea, que permite que subsista el contraste del absoluto desamparo con la sabiduría intensa o la riqueza extrema, es un Estado injusto, cruel y rematadamente bárbaro.

No por esto que os digo vayáis a creer que pasa por mi mente el cobarde pensamiento de ofenderos insinuando que sois vosotros los culpables.

Bien sé que muchos de vosotros habéis dedicado todas vuestras energías, con desinterés y con amor, a la enseñanza. Sin embargo, no habéis podido evitar nuestros fracasos sociales; no habéis servido todo lo que debíais servir acaso porque siempre se os ha mantenido con las manos atadas, y a causa de esto bien podéis afirmar que no sois vosotros los responsables, puesto que no habéis sido los dueños del mando.

No vengo, por lo mismo, a formular acusación contra determinadas personas; simplemente traigo a la vista los hechos, y cumpliendo con el deber de juzgarlos declaro que el departamento universitario, tal como está organizado, no puede servir eficazmente la causa de la educación nacional. Afirmando que esto es un desastre, pero no por eso juzgo a la Universidad con rencor. Todo lo contrario; casi la amo, como se ama el destello de una esperanza insegura. La amo, pero no vengo a encerrarme en ella, sino a procurar que todos sus tesoros se derramen. Quiero el derroche de las ideas, porque la idea sólo en el derroche prospera.

Os he dicho que yo no sirvo para conceder borlas de doctor, ni para cuidar monumentos, ni para visar títulos académicos, y sin embargo yo quise venir a ocupar este puesto de rector que tan mal se aviene conmigo; lo he querido porque he sentido que este nuevo gobierno, en que la revolución cristaliza como en su última esperanza, tiene delante de sí una obra vasta y patriótica en la que es deber ineludible colaborar. La pobreza y la ignorancia son nuestros peores enemigos, y a nosotros nos toca resolver el problema de la ignorancia. Yo soy en estos instantes, más que un nuevo rector que sucede a los anteriores, un delegado de la Revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas, sino a invitaros a que salgáis con él a la lucha, a que compartáis con nosotros las responsabilidades y los esfuerzos. En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo. El pueblo ha estado sosteniendo a la Universidad y ahora ha menester de ella, y por mi conducto llega a pedirle consejo. Desde hace varios años, muchos mexicanos hemos venido clamando por que se establezca en México un Ministerio de Educación Federal. Creo que el país entero desea ver establecido este ministerio, y al ser yo designado por la Revolución para que aconsejase en materia de educación pública me encontré con que tenía delante de mí dos maneras de responder: la manera personal y directa que hubiese

consistido en redactar un proyecto de ley del Ministerio de Instrucción Pública Federal, proyecto que quizá habría podido llegar a las cámaras, y la otra manera, la indirecta, que consiste en venir aquí a trabajar entre vosotros durante el periodo de varios meses, con el objeto de elaborar en el seno de la Universidad un sólido proyecto de ley federal de educación pública.

Me resolví a obrar de esta segunda manera, que juzgo mucho más eficaz, y habiendo tenido la fortuna de merecer la confianza del señor Presidente de la República, vengo a deciros: el país ansía educarse: decidnos vosotros cuál es la mejor manera de educarlo. No permanezcáis apartados de nosotros, venid a fundiros en los anhelos populares, difundid vuestra ciencia en el alma de la nación.

Suspenderemos las labores universitarias si ello fuese necesario, a fin de dedicar nuestras fuerzas al estudio de un programa regenerador de la educación pública. De esta Universidad debe salir la ley que dé forma al Ministerio de Educación Pública Federal que todo el país espera con ansia. Para realizar esta obra urgentísima no nos atenderemos a nuestras solas luces, sino que solicitaremos la colaboración de todos los especialistas, la colaboración de la prensa, la colaboración del pueblo entero, pero queremos reservar a la Universidad la honra de redactar la síntesis de todo esto.

Lo hacemos saber a todo el mundo: la Universidad de México va a estudiar un proyecto de ley para la educación intensa, rápida, efectiva de todos los hijos de México. Que todo aquel que tenga una idea nos la participe; que todo el que tenga su grano de arena lo aporte. Nuestras aulas están abiertas como nuestros espíritus, y queremos que el proyecto de ley que de aquí salga sea una representación genuina y completa del sentir nacional, un verdadero resumen de los métodos y planes que es necesario poner en obra para levantar la estructura de una nación poderosa y moderna.

Para deciros esto os he convocado esta noche. El cargo que ocupo me pone en el deber de hacerme intérprete de las aspiraciones populares, y en nombre de ese pueblo que me envía os pido a vosotros, y junto con vosotros a todos los intelectuales de México, que salgáis de vuestras torres de marfil para sellar pacto de alianza con la Revolución. Alianza para la obra de redimirnos mediante el trabajo, la virtud y el saber. El país ha menester de vosotros. La Revolución ya no quiere, como en sus días de extravío, cerrar las escuelas y perseguir a los sabios. La Revolución anda ahora en busca de los sabios. Mas tengamos también presente que el pueblo sólo estima a los sabios de verdad, no a los egoístas que usan la inteligencia para alcanzar predominio injusto, sino a los que saben sacrificar algo en beneficio de sus semejantes. Las revoluciones contemporáneas quieren a los sabios y quieren a los artistas, pero a condición de que el saber y el arte sirvan para mejorar la condición de los hombres. El sabio que usa de su ciencia para justificar la opresión, y el artista que prostituye su genio para divertir al amo injusto, no son dignos del respeto de sus semejantes, no merecen la gloria. La clase de arte que el pueblo venera es el arte libre y magnífico de los grandes altivos que no han conocido señor ni bajeza. Recuerdo a Dante proscrito y valiente, y a Beethoven altanero y profundo. Los otros, los cortesanos, no nos interesan a nosotros, los hijos del pueblo.

Los hombres libres que no queremos ver sobre la faz de la Tierra ni amos ni esclavos, ni vencedores ni vencidos, debemos juntarnos para trabajar y prosperar. Seamos los iniciadores de una cruzada de educación pública, los inspiradores de un entusiasmo cultural semejante al fervor que ayer ponía nuestra raza en las empresas de la religión y la conquista. No hablo solamente de la educación escolar. Al decir educación me refiero a una enseñanza directa de parte de los que saben algo en favor de los que nada saben;

me refiero a una enseñanza que sirva para aumentar la capacidad productora de cada mano que trabaja y la potencia de cada cerebro que piensa. No soy amigo de los estudios profesionales, porque el profesionista tiene la tendencia a convertirse en parásito social, parásito que aumenta la carga de los de abajo y convierte a la escuela en cómplice de las injusticias sociales. Necesitamos producir, obrar rectamente y pensar. Trabajo útil, trabajo productivo, acción noble y pensamiento alto, he allí nuestro propósito. Pero todo esto es una cumbre; debe cimentarse en muy humildes bases, y sólo puede fundarse en la dicha de los de abajo. Por eso hay que comenzar por el campesino y por el trabajador. Tomemos al campesino bajo nuestra guarda y enseñémosle a centuplicar el monto de su producción mediante el empleo de mejores útiles y de mejores métodos. Esto es más importante que adiestrarlo en la conjugación de verbos, pues la cultura es un fruto natural del desarrollo económico. Los educadores de nuestra raza deben tener en cuenta que el fin capital de la educación es formar hombres capaces de bastarse a sí mismos y de emplear su energía sobrante en el bien de los demás. Esto que teóricamente parece muy sencillo es, sin embargo, una de las más difíciles empresas, una empresa que requiere un verdadero fervor apostólico. Para resolver de verdad el problema de nuestra educación nacional, va a ser necesario mover el espíritu público y animarlo de un ardor evangélico, semejante, como ya he dicho, al que llevara a los misioneros por todas las regiones del mundo a propagar la fe. Al cambiar la misión que el nuevo ideal nos impone, es menester que cambien también los procedimientos del heroísmo. Me refiero a esto; todavía hasta nuestros tiempos lo mejor de la sociedad femenina de nuestra raza, las almas más nobles, más refinadas, más puras, se van a buscar refugio al convento, disgustadas de una vida que sólo ofrece ruindades. Huyen de la sociedad porque no ven en ella ninguna misión verdaderamente elevada que cumplir. Demos pues, a esas almas la noble misión que les ha estado faltando; facilitémosles los medios de que se pongan en contacto con el indio, de que se pongan en contacto con el humilde, y lo eduquen, y veremos cómo todos acuden con entusiasmo a la obra de regeneración de los oprimidos; veremos cómo se despierta en todos el celo de la caridad, el entusiasmo humanitario. Organizemos entonces el ejército de los educadores que substituya al ejército de los destructores. Y no descansemos hasta haber logrado que las jóvenes abnegadas, que los hombres cultos, que los héroes todos de nuestra raza, se dediquen a servir los intereses de los desvalidos y se pongan a vivir entre ellos para enseñarles hábitos de trabajo, hábitos de aseo, veneración por la virtud, gusto por la belleza y esperanza en sus propias almas. Ojalá que esta Universidad pueda alcanzar la gloria de ser la iniciadora de esta enorme obra de redención nacional.



